

Bruno  
Mesa

# El hombre encuadernado



Paréntesis

**FRAGMENTO**

*Colección Umbral*

## OTROS TÍTULOS DE PARÉNTESIS EDITORIAL

- **COLECCIÓN DE FACTO**

*Javier Villanueva. La verdadera historia*, INMA PORTALO  
Y JAVIER VILLANUEVA

*Ulises y las sirenas. El dilema de la infidelidad*, JESÚS COTTA

- **COLECCIÓN ORFEO**

*Cuchulain de Muirthemne*, LADY GREGORY

*La sangre y el eco*, JULIO MANUEL DE LA ROSA

*Todas las mujeres*, JOSE MARÍA CONGET

*Los consulados del Más Allá*, AQUILINO DUQUE

*La fiebre de Siam*, EDUARDO JORDÁ

*Las historias gallegas*, ÁLVARO CUNQUEIRO

*La catedral*, VICENTE BLASCO IBAÑEZ

*Croquis a mano alzada y Las campanas de Antoñita*

*Cincodedos*, JULIO MANUEL DE LA ROSA

*El misterio del mundo. Antología*, FERNANDO PESSOA

*Misión en Bucarest y otras narraciones*, AGUSTÍN DE FOXÁ

- **COLECCIÓN UMBRAL**

*Vacaciones de invierno*, JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA

*Plaza del Cabildo*, EMILIO DURÁN

*El centro de la Tierra*, ANDRÉS PÉREZ DOMÍNGUEZ

*El viento y la arena*, ANTONIO REYES MATEO

*Hildur*, TONI MONTESINOS

*Doménica*, JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO

*La maldición del cronista*, MARC GUAL

*Sueños de libertad*, CARLOS ALGORA

*Horas para Wallada*, MIGUEL ÁNGEL CÁLIZ

*El año de Malandar*, JUAN VILLA



Manuel Ramos Ortega nació en Cádiz (1948). Catedrático de Literatura Española en la Universidad de su ciudad natal, ha publicado estudios como *La prosa literaria de Luis Cernuda* (1982), *La obra poética de Eduardo de Ory* (1983) o *Revistas literarias españolas del siglo XX* (2005).

Como novelista he publicado los siguientes títulos: *La ciudad de los sueños* (1999), galardonada con el Premio Opera Prima de la Crítica Andaluza, y *Las campanas del Duomo*, (Murcia, 2004), que obtuvo el Premio de Novela Vargas Llosa en 2003.

PRIMERA PARTE  
ENFERMEDAD

I

La primera vez que Julio Balmesano abrió un libro le pareció una máquina absurda, un artefacto ridículo con el que no se podía jugar a nada, una esfera cuadrada, un ornitorrinco sin pilas, una pistola descargada, cualquier trasto sin sentido era aquel libro. Sólo tenía tres años y aquella acumulación de papeles cosidos le resultó del todo inverosímil. Enseguida quiso arrancar las hojas, morder las tapas, comerse alguna de aquellas páginas amarillentas colonizadas por unos animales negros y minúsculos, una hilera infinita de hormigas de tinta en dirección a ningún sitio. Quiso tirar el libro por el balcón, por ver si los libros vuelan, pero Claudia, su madre, lo agarró a tiempo y le quitó el libro de las manos.

En ese momento Julio Balmesano no podía saber que un día terminaría convirtiéndose en libro. No sabía que llegaría el momento en que un cuento de Poe, un ensayo de Alfonso Reyes o unos versos de Sohrab Sepehrí valdrían más para él que dormir bajo techo o comer caliente. No sabía que esas hormigas que recorren cada página construirían una nueva colonia en su cabeza.

Fue cuatro años después cuando Julio, jugando con sus amigos en la calle a un deporte desconocido que parecía una batalla de balonazos y zancadillas, se dobló la muñeca izquierda al caer de bruces contra el asfalto ardiente. Balmesano sintió el calor en la frente, en la palma de las manos, y más tarde, al incorporarse, descubrió que su muñeca estaba desencajada. Arriba el sol legislaba sobre la ciudad montado en el trineo de una nube esquelética.

Sus padres no le entendían, porque Julio les hablaba entre barboteos y lagrimones, intentando describir cómo había ocurrido el accidente. El padre le ordenó que parara de llorar y la madre le condenó a no jugar nunca más con esas angelicales bestias que tanto se parecían a su hijo. Julio no pensaba obedecer la orden y no se creyó la condena.

Joaquín, su padre, aseguraba que había que llevar a Balmesano al médico, a urgencias, en ese mismo instante; la madre que no, que allí no hacían nada, que le dejarían igual o peor, que eso era cosa de curanderos y que no había más que hablar.

El padre tragó saliva.

—¡Por Dios, no ves que eso de los curanderos es pura tontería para sacarte el dinero!

—Las tonterías son las tuyas. Este —dijo la madre cogiendo con fuerza a Balmesano de la mano derecha— se viene conmigo, y no hay más que hablar.

Y allí se acabó el debate, la democracia interna, el sistema bicameral doméstico, el santo orgullo y el racionalismo aplicado a los ochenta metros cuadrados de la casa de los padres de Julio. Con su mano libre Claudia dio un portazo que resonó como un decreto ley.

La madre conocía el camino, pero Balmesano temía que aquello del curandero fuera algo terrible o sobrenatural. Durante unos segundos pensó que el curandero sería como un monstruo de película, alguien que podía curarte el brazo o comérselo de un mordisco. En sus siete años de vida nunca había conocido

a un curandero, y aquella palabra inconcreta se revolvía en su cerebro creando formas grotescas a la misma velocidad que el coche que conducía su madre se dirigía hasta la casa de Saúl, el curandero.

La zona donde se hacía visible la casucha de Saúl era un descampado a las afueras de la capital de la isla. Las cuatro casas del descampado eran de bloque desnudo, de uno o dos pisos, apaleadas por el sol, con un bidón para el agua en la azotea expuesto a los vientos y a la lluvia; algunas chatarras retorcidas ocupaban los alrededores de las cuatro casas como basureros improvisados por la vecindad. Había un par de niños que jugaban con una bicicleta ruinosa, con la rueda trasera desinflada y un amenazante mapa de óxido en el manillar, niños retostados de piel y de grandes ojos, que se quedaron mirando la novedad: Julio arrastrado por su madre camino del curandero.

La casa de Saúl no llegaba a casa, era un zaquizamí con tres piezas: la entrada-salón, que también servía como despacho para las curas, además de comedor y habitación, todo en una sola entidad de doce metros cuadrados. Al fondo había una cueva oscura que debía ser la cocina y a la derecha de la cocina una puerta entreabierta insinuaba la presencia de un baño minúsculo o unipersonal.

Balmesano sintió miedo al ver las paredes de la casa de Saúl, paredes donde se hacinaban santos colgados de un clavo, mandalas recortados de revistas, amarillentas postales de vírgenes, la forma cósmica de la diosa Visnú en cartón envejecido, la foto de un chamán de alguna tribu americana, algunas cartas del tarot clavadas brutalmente, una imagen del Ouroboros (la serpiente que se muerde la cola) de los gnósticos con una inscripción latina (El Uno, el Todo) que parecía fotocopiada de una enciclopedia y una mala reproducción de *Las edades y la muerte* de Hans Baldung, todo ordenado con un escrupuloso desorden.

La mano fría de Saúl agarró la mano dolida y temblorosa de Julio: no había escapatoria. Balmesano miraba a su madre como

suplicando que huyera, que aquel lugar le daba miedo, pero Claudia sonreía confiada, al fin se había salido con la suya.

Saúl tocó y manipuló la muñeca acompañado por las quejas de Julio. Apretó un instante en un punto, luego fijó la mano del niño con fuerza, y por sorpresa hizo un gesto violento y la muñeca pareció volver a su sitio.

—Ya está. Ahora unos días de reposo y como nuevo —dijo Saúl con voz ronca, satisfecho de su aparente proeza.

—Muchas gracias, Saúl, ya sabía yo que usted me lo arreglaría —dijo la madre.

Julio Balmesano no salía de su asombro. Si aquel mata-sanos con aspecto de gurú o de loco, que vivía en aquel tabuco lijoso, era capaz de curarle, eso de curar debía ser una profesión tristísima o una cuestión de suerte. Claudia le dio unos billetes a Saúl, cogió la mano derecha de su hijo y salió satisfecha y convencida de su victoria frente a la medicina convencional en general y frente a la opresiva racionalidad de su marido en particular.

Muchos años después, cuando se le diagnosticó un cáncer, la madre de Balmesano cambió de opinión y se la vio salir de un hospital ensayando una tibia sonrisa de náufrago superviviente, gracias a la medicina convencional y a la testaruda racionalidad de su marido, que le habían salvado la vida. Para esa época Saúl el curandero llevaba algunos años durmiendo en las confortables camas de una penitenciaría, por intentar curar una meningitis con una vela, un placebo y unos sinapismos caducados. Y es que hasta los locos y los timadores tienen sus días de suerte.

Julio salió vivo del cuchitril de Saúl, pero antes de hacerlo el curandero le dio un consejo a la madre.

—Su hijo es de huesos débiles, no debe hacer deporte o volverá a romperse.

Con ese diagnóstico increíble, que parecía más la recomendación de un anticuario para conservar intacto un jarrón chino del siglo IV, Claudia regresó a casa convencida de que el

destino de su hijo no era el azar de las calles, ni el salvaje deporte que allí se practicaba, ni el gozoso barro compartido con los amigos, sino la vida monacal o las intimidaciones del estudio.

Joaquín no estuvo de acuerdo ni con el estafalario diagnóstico del barbudo Saúl, ni con las conclusiones extremas que había deducido su esposa, pero intuyó que aquella batalla estaba perdida de antemano, que no se puede discutir con ciertos muros de hormigón, sobre todo cuando adoptan la forma de creencia y se establecen en el cerebro humano, así que prefirió no luchar y limitó su desacuerdo al trastero caótico de sus pensamientos.

**IR A LA FICHA DEL LIBRO**

---

**Queda prohibida, bajo sanción prevista por la ley,  
cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y  
transformación de esta obra sin permiso previo por escrito  
de los titulares del copyright.**